

*verso & cuento*

# trabajo



# piso

# pareja

- Zahara -

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A Moreno*

# TRABAJO

## 1. ELLA

El mensaje es claramente una declaración de intenciones y otra cosa no, pero intención tengo de sobra.

Quedamos a las cinco y media en una cafetería del centro y la música está tan alta que para entender lo que me dice tiene que acercar su boca a mi oreja. Sus palabras estallan contra mi cerebro y ríos de hormonas piden como lava cayendo por nuestra piel que se acabe el teatrillo y nos vayamos directamente a mi casa.

Remuevo innecesariamente la cuchara en la taza y me oigo decir:

—No busco a nadie... Acabo de salir de una relación de seis años, imagínate. ¿Quién querría otra relación? Pero quede con quien quede nadie me sorprende, ¿entiendes? Y estaría bien alguna sorpresa.

Y confío en haber dejado claro que esa sorpresa tiene que ver con un arrebato, un beso inesperado, ahí, en mitad de la cafetería, un levantarse y llevarme a algún lugar..., qué sé yo. Una sorpresa.

No sucede nada, así que bebo despacio y me paso la lengua sutilmente por la comisura de los labios. Noto un cambio en su mirada. No el cambio que esperaba. Me fijo bien y me doy cuenta de que ya no es cazador, quiere algo más, quiere ser el salvador que cree que busco. Al ser tan clara, mi mensaje ha llegado completamente a la inversa de lo que pienso. El lenguaje es una trampa. Deberíamos no estar hablando. Debería estar pasando su lengua también por mi comisura de los labios.

Lo invito a ir a casa pero él tiene una nueva estrategia. Sabe que acostarse conmigo ahora lo colocará en la estantería de «Nadie me sorprende» y él quiere ser algo más. Y ha decidido eso sobre la marcha, a pesar de haberme escrito en varias ocasiones expresando cuánto y cómo quiere estar conmigo, a pesar de haber definido muy bien en qué posición exacta. Ahora tiene un nuevo objetivo. Pone por excusa a mi ex, que es pronto. Yo le digo «No hay problema» y le cojo la mano para que entienda que, joder, lo que quiero es echar un polvo, que no es para tanto. No busco al amor de mi vida, solo un rato de diversión. Pero veo cómo mi objetivo se desvanece.

Dos roiboos él y, dos cafés solos yo más tarde, acabamos en mi casa.

Mira las paredes medio vacías de mi salón y se sienta a mi lado en el sofá. Yo solo quiero que se ponga sobre mí, que me bese rápido y acabe todo pronto. Él pretende saborear cada segundo.

—¿Estás bien?

—Muy bien. —Y mi sonrisa es una puerta abierta a lo que quiera.

Pero él parece más interesado en mirar mi salón que a mí. Y habla, y habla y hablablalbla sobre la casa, sobre vivir con «él» aquí, la incomodidad de estar ahora con otra persona...

No sé cómo hacerle ver que no, que no estoy incómoda; que estoy, de hecho, muy bien; que vamos ya, joder; que solo necesito un satélite, que no tiene que ser mi sol ni mis estrellas; que lo único que quiero es ahogar este dolor con fluidos corporales; que encienda del córtex sensorial al sistema límbico todos los interruptores que encuentre; que ilumine el cerebelo y el córtex frontal. Quiero ríos de oxicitocina, joder, eso es lo que quiero.

Lo llevo a mi estudio.

—Este era mi santuario. —Y abro los ojos mientras sonrío —. Él nunca venía aquí. Era mi lugar, mi espacio.

Separo las sílabas, acentúo todas las vocales y dejo la boca en forma de «o» más tiempo del habitual. En mi cabeza parecía sexi. No lo es.

Me acerco más a él, clavo mi mirada en la suya de colores ocres y respiro muy lento pensando que por fin va a pasar algo.

—Qué pena —me dice—, no me quiero imaginar lo triste que ha tenido que ser tu relación.

Su mano me acaricia como a un cachorrillo abandonado.

Pues una relación fallida, como tantas otras... ¿Qué más tengo que hacer? Tal vez he perdido facultades. Tanto tiempo con novio que he olvidado cómo se liga. Tiene que ser eso.

—Entonces..., este espacio era solo tuyo...

—Exacto.

Y sucede el milagro.

Se acerca lo suficiente para besarme. Pero no es un beso. Su boca abierta busca la mía pero, como si hubiera una capa de *film* transparente entre nosotros, no llega a rozarme del todo. Besos en el aire en una coreografía descoordinada. El ritual de apareamiento con menos futuro del mundo.

Lo intento de nuevo, pero cada milímetro que gana él lo recupera. Lo mismo pasa con su cuerpo. Me coloca contra la pared y se apoya levemente sobre mí, en un intento de *petting* que no es más que un simulacro, como si no fuera suficiente simulacro ya el *petting* en sí mismo. Choco mi cadera contra la suya y me para.

—Hey... Ese movimiento está mal.

—¿Cómo?

—Eso es un movimiento de...

—Sexo —interrumpo.

—Exacto.

—Y ¿no quieres tener sexo? —A ver si es que de verdad me estoy confundiendo.

—Sí.

Tomo su sí como un sí y acerco su cara a la mía, esta vez cogiéndola con las manos tratando de que el roce de labios sea algo más que eso. Él me separa.

—Hey, hey... Pero no aquí. No en la casa donde vivías con tu ex.

Lo miro fijamente tratando de entender cuál es el paso siguiente. Me debato entre echarlo o fingir que tiene razón y que no es lugar. Las dos anteriores son la respuesta correcta.

Respiro hondo antes de mentir.

—Tienes razón. Tienes toda la razón.

Le digo que he interpretado mal nuestros mensajes, esos en los que nos decíamos las ganas que teníamos de follarnos. Él me dice que claro que tiene ganas pero que es obvio que no busco lo de siempre y que siente que puede pasar algo más interesante entre nosotros si lo dejamos aquí. Que él tiene más ganas que yo. Ahogo un «ja». Pero no estaría bien. Continúa.

Lo consuelo. Yo a él. Estoy siendo tan amable que no sé cuánto tiempo tengo antes de volver a ser yo misma. Él parece conmovido y me da un abrazo que no necesito.

Lo acompaño a la salida. Él sonrío. Yo no entiendo por qué. En el marco de la puerta acerco su cara a la mía y me da uno de sus no besos. No veo el momento de que se marche. Cuando por fin lo hace recibo un mensaje: «Ha sido una tarde increíble. Eres muy especial».

Contesto con una flamenca.



## 2. ÉL

Nochevieja de 2014.

Madrid se atiborra de luces navideñas y castañas asadas, el centro huele a sobrepoblación y ahora mismo mataría por una caña y un pincho de tortilla sin tener que verme empujado por carros, gorros de Papá Noel y bolsas de regalos.

Miguel y Luis defienden nuestra esquina del bar a capa y espada. Una cerveza en alto me marca el camino a seguir. La felicidad está tan solo a cuarenta guiris de distancia. Siento que *Walking Dead* es más realidad que ficción cuando intento alargar la mano para llegar a la barra y un borracho me escupe en el brazo mientras habla; una mezcla de asco e hipocondría me hacen estremecer. Calculo mis posibilidades de supervivencia si todos estos zombies ansiosos por tragar cerveza barata cambiaran de apetencias y decidieran devorar cerebros vivos ahora mismo: cero por ciento. Examino el local con la mirada como si nunca antes hubiese estado ahí, como si no me hubiese pasado años anclado a esa esquina, como si con la cantidad de cervezas que he tomado no me perteneciera más de la mitad del local, y descubro que en lo alto de la barra hay una especie de catana que poco o nada tiene que ver con el resto de la decoración de bar tradicional madrileño. Para llegar a alcanzar la catana tendría que saltar sobre cuatro zombies, impulsarme desde la barra, cogerla, desenvainarla y empezar a cortar cabezas. Duraría aproximadamente tres minutos. Los mejores tres minutos del día.

Miguel y Luis me reciben entre vítores y gritos y no es euforia, hay tanta contaminación acústica que la única posibilidad de tener una conversación inteligible es desgañitándose.

—¡He llegado hasta aquí imaginando que los mataba a todos! —Declamo.

—Vamos, joder, que no es para tanto. —Sonríe Miguel levantando la copa.

El bar, nuestro bar, está a un minuto y medio de su casa y es capaz de quedar todos los días a tomar algo siempre y cuando no tenga que moverse más de doscientos metros. Por lo general me da igual, me parece fenomenal tener que desplazarme para ir a beber cerveza, es el único deporte que hago, pero es Navidad y todos odiamos la Navidad, todos odiamos la gente, todos odiamos esas caras felices... Todos odiamos.

—Creo que no voy a volver a veros hasta dentro de siete días, cuando todo esto termine —les comento.

—Mira, los aquí reunidos no vamos a hacer apología de la celebración y la Pascua, pero mi casa está llena de familiares que están esperando a que suba con el hielo, así que era esto o nada —se justifica Miguel.

—Me da que no hemos sopesado bien lo que podría suceder y, joder, somos guionistas, nos dedicamos a saber qué va a pasar. Estamos perdiendo facultades.

Podría decir que son inmunes a mi pesimismo habitual, pero más que eso siento que los he contagiado y ya no reaccionan ni intentan cambiarlo.

—Te entiendo —dice Luis—, cada día me cuesta más salir a la calle y aguantar esas caras rojas, brillantes como churros.

—Pero vamos, Luis, si a ti la calle te encanta. Aquí los que tenemos problema para relacionarnos con las multitudes somos Miguel y yo.

—¿Vosotros? —Se sorprende como si fuese la primera vez que tenemos esta conversación.— Las dos personas con más temas de conversación que conozco. ¿Cómo le vais a tener miedo a la gente?

—A ver —aclara Miguel—, que no te estamos diciendo que seamos tímidos, te estamos diciendo que somos anti-sociales.

—Entonces, ¡yo también soy antisocial!

—¡Tú no! —gritamos al unísono Miguel y yo.

—Luis —pregunto—, ¿qué vas a hacer ahora cuando nos vayamos de aquí? Cuando Miguel suba a su casa y yo me vaya solo a la mía a seguir escribiendo. Dime, ¿qué vas a hacer, eh?

Duda un momento.

—Yo he quedado con Laura y Griñán.

—Laura y Griñán. Tú no piensas volver a casa hasta las siete de la mañana.

—Puede ser —y se ríe.

—Pues eso no es ser antisocial. Si fueras antisocial no querrías ver a nadie —le acuso.

—Si fueras antisocial odiarías tener que estar ahora mismo con tu familia y la familia de tu familia en tu piso de sesenta metros cuadrados abriendo regalos que no has pedido —añade Miguel.

—Pues si yo no soy antisocial, vosotros tampoco.

—Joder, tío. Pero ¿cómo tenemos que decírtelo? Eres tú el que va a acabar bailando en Corazón hasta que alguno de tus colegas actores te invite a la fiesta del director de turno en su casa. Ninguno de los dos vamos a hacer eso.

—De hecho no puedo esperar a que sean las doce y media y mi abuela se haya terminado de tomar la última uva para que así puedan marcharse —dice Miguel.

—Reconozco que estoy bastante sorprendido con la elección de tu piso de soltero para celebrar el fin de año con toda tu familia, Miguel —le digo.

—Era eso o irme a Soria.

—Entiendo. —Yo siempre entiendo a Miguel—. ¿Ves? —miro fijamente a Luis—, esto es lo que pasa cuando eres antisocial.

—¿No querer irte a Soria en Nochevieja? Entonces, yo también lo soy.

Salgo del bar en pleno Sol, decido coger un taxi. La aplicación de Mytaxi está colgadísima por las miles de personas que están intentando hacer lo mismo que yo en este mismo instante, así que camino otra vez hasta casa. La pasta de ayer, que calentaré en el microondas, y un ordenador portátil serán mis compañeros toda la noche.

Llegar al Paseo del Prado está siendo más difícil que hacerlo hasta la mesa de mis amigos, y cuando me planteo atravesarla me doy cuenta de que en la última noche del año miles de personas salen a correr la San Silvestre. Justo delante de mí.

Cada vez que pongo un pie en mitad de la calle un *runner* gruñón me grita que qué hago. Desisto. Me dejo aturdir por la gente, el ruido de las pisadas contra el asfalto, las respiraciones acompasadas de los corredores. Los gritos de los animadores a ambos lados de la calzada casi consiguen conmovirme.

Que les den. Voy a cruzar aunque tenga que hacerlo corriendo. Miro a la izquierda, la marea baja desde la Puerta de Alcalá. Parece que hay un poco de espacio. Es mi momento. Veo a una chica disfrazada de corredora que viene directamente hacia mí. Tiene margen para desviarse pero no parece haberme visto. Unas orejas de conejo es lo último que recuerdo antes del impacto.

—¡Joder, tío, mira por dónde coño vas! —grita.

*Black out.*

### 3. ELLA

Las mallas no son de mi talla, y, por si alguna vez había tenido alguna duda al respecto, definitivamente el amarillo flúor no es mi color. Pero ¿quién se puede resistir a celebrar el fin de año y la despedida de soltera de tu mejor amiga a la vez y hacerlo corriendo la San Silvestre Vallecana? Diez kilómetros disfrazadas de *runners* con una mezcla de colores que ni Ágatha Ruiz de la Prada elegiría para su próxima colección y con unas orejitas de coneja que esconden, todo lo sutilmente que pueden, una minipolla en medio. ¿Quién, eh, quién? Yo lo intenté, pero no pude. Porque Claudia es la única persona que conozco que va a casarse y eso la convierte en una especie en peligro de extinción, tan exótica y extraña que merece la pena estudiarla sociológicamente, porque es la primera cosa que me pide en doce años de amistad y porque no hizo ni una pregunta el día que aparecí en su casa con dos maletas y un muñeco de E.T. bajo el brazo.

Así que me embuto en las mallas, me aprisiono en dos sujetadores deportivos (he leído aberraciones sobre cómo se dan de sí los pechos en las carreras y no quiero convertirme en una de esas señoras con las tetas por el ombligo) y dos camisetas de manga larga, además de la oficial de la carrera. He dejado la sudadera para ponérmela antes de salir. Claudia me aconsejó comer a las dos de la tarde pollo a la plancha y arroz hervido y mastico la desilusión mientras pienso en atragantarme como la solución a todos mis problemas de hoy. Su llamada interrumpe mis pensamientos

suicidas y queda en recogerme en cuarenta y cinco minutos.

Es la primera vez en mi vida que voy a una despedida de soltera. Es la primera vez en mi vida que voy a salir a correr. No tengo muy claro cuál de las dos opciones lidera, qué tiene relevancia sobre qué, si debo maquillarme para una fiesta o no maquillarme para una carrera. Como si de una tostada de mantequilla atada a la espalda de un gato que cae desde un primer piso se tratase, no sé si el poder de la tostada de caer por el lado de la mantequilla es superior al de gato cayendo de pie. Tomo la decisión que más salomónica me parece y me esparzo una *bb cream* por la cara que me queda arrodalada. Marco la raya del ojo con un *eyeliner* permanente *water proof* y trato de transmitirle algo de respeto al espejo.

Dos horas antes de la carrera ya estamos en la línea de salida. Las otras tres amigas de Claudia parecen haber nacido para eso. Fibradas. Altas. Delgadas. Una sola camiseta que no las hace parecer el muñeco de Michelín. Deben de estar muriéndose de frío pero por lo visto cuando corres entras en calor y no necesitas tanta ropa. «Pero ¿adónde vas así?, te vas a cocer». «Claro, claro, ahora me quito cosas». ¿¿Dónde me he metido??

Los gritos histéricos se repiten exactamente cada seis minutos durante la primera media hora, pero a medida que se aproxima la hora de salida se intensifican y aumentan su frecuencia. Me siento una primeriza que se ha saltado todas las clases de preparación al parto y empiezo a ser consciente del grave error que he cometido al unir dos cosas que me dan pánico a la vez. Cuánta razón tenías Fran Perea con eso de «Uno más uno son siete». Dos temores juntos no son dos temores, son siete plagas. Me saco un cigarrillo de la riñonera rosa fucsia y me lo coloco entre los labios mientras busco el mechero. La hostia verbal que recibo lanza mi

cigarro contra el suelo. Ignoro los improperios de los miles de *runners pro* que tengo rodeándome y me fijo en la cara congelada de Claudia.

—¿Tienes frío, Claudia? porque tienes la cara así... como torcida...

Y sus gélidos ojos me suplican que sea un poco menos yo, y los míos, desencajados, no por el frío sino por los caprichos de la genética, tratan de explicarle que es mi puto deseo de año nuevo. Si consigo llegar a la meta, si sobrevivo a esta noche, seré más los demás y menos yo. Lo prometo.

Unas chicas sobreestimuladas se suben a lo alto de una estructura dando saltos. Estamos tan lejos que no podemos verlas, pero por suerte las pantallas que hay encima de la línea de salida muestran todo lo sucedido. Hay tanta gente emocionada por lo que va a ocurrir en unos minutos que puedo sentir la energía presionándome. Claudia me agarra fuerte la mano, me da besos por toda la cara, está tan contenta de que esté allí y de que esté haciendo esto por ella que casi creo que merece la pena. Oigo la cuenta atrás, los corredores se apretujan, saltan y estiran por última vez. Algunos se quitan las sudaderas y las tiran a los lados de la carretera. Me planteo hacer lo mismo, pero es demasiado tarde. Da igual. Me coceré corriendo, pero merecerá la pena. Amiga, moriré por ti y eso me redimirá de todos los males que he causado en la vida. Seré una mártir. Moriré por amistad.

Pego saltitos intentando imitar a las amigas aventajadas de Claudia y cuando suena el disparo de salida la gente no corre. La gente camina. Veo esperanza. Veo que puedo hacer esto. No voy a morir. No va a pasar. Vamos a ir así, juntos, andando rápido y va a ser posible. Y entonces cruzamos la línea de salida, Claudia me suelta la mano, sonrío, se coloca bien los auriculares y empieza a correr. A correr